

Noción y división de la filosofía en San Isidoro de Sevilla

POR
JESUS GARCIA LOPEZ

San Isidoro de Sevilla no fue en filosofía, ni en ninguna otra disciplina humana, un creador. Fue, más bien, un transmisor y un compilador; meritísimo, por otra parte. Esta era, en verdad, la tarea más necesaria y urgente en la época que le tocó vivir.

Aquí voy a ocuparme, con la brevedad que exige esta nota, de la definición isidoriana de la filosofía y de la división de la misma; definición y división que, por supuesto, no son originales, sino que recogen el pensamiento antiguo, pero que a su vez encarrilan el pensamiento medieval, y en algunos puntos, incluso el moderno.

En el libro segundo de las *Etimologías*, cap. 24, define San Isidoro la filosofía con estas palabras: «ciencia de las cosas divinas y humanas, unida al empeño de una vida recta». Esta famosa definición, que repetirán con frecuencia los pensadores medievales, deja ver claramente la influencia de Cicerón y de Séneca, pero a través de ellos, de otros muchos autores antiguos. Cicerón, en efecto, define así la filosofía en su *De officiis: divinarum et humanarum rerum causarumque, quibus haeres continentur, scientia* (lib. 2, proem.), y de modo equivalente lo hace también en sus *Cuestiones Tusculanas* (lib. 5, cap. 3). Pero ya Plutarco en sus *Sentencias de los filósofos* atribuye a los estoicos esa misma definición: «ciencia de las cosas divinas y humanas» (lib. 1, prol. n. 2). De Séneca, por otra parte, es el pensamiento de que la filosofía entraña también «el empeño por llevar una vida recta». Así escribe el filósofo cordobés: *philosophia nihil aliud est quam recta vivendi ratio, vel honeste vivendi scientia, vel ars rectae vitae agenda* (Fragm., 17). De todos

modos, San Isidoro pudo tomar de Casiodoro esa definición completa de la filosofía.

Por lo que hace a su etimología el pensador sevillano (o cartagenero, pues en este punto hay discusión), hace derivar la palabra filosofía de las voces griegas «philos» y «sophia», etimología correcta, como es sabido.

El sentido que daban los antiguos a la primera parte de la definición de San Isidoro es el siguiente: «las cosas divinas» son las que el hombre no puede hacer, y por eso debe limitarse a contemplar, de suerte que ciencia de las cosas divinas viene a ser sinónimo de ciencia teórica o especulativa; en cambio, «las cosas humanas», son aquellas que el hombre puede realizar, o sea, todo lo concerniente al mundo de lo agible (praxis) y al de lo factible (poiesis). Así, la ciencia de las cosas divinas y humanas es la que tiene por objeto todo el orbe de la teoría y todo el campo de la acción y de la producción humanas.

Pero no tendríamos un concepto cabal de la filosofía según la entiende San Isidoro, si no considerásemos también su división.

En un primer momento divide nuestro autor la filosofía en tres partes: *física, ética y lógica* con estas palabras: «la filosofía se divide en tres partes: natural, que en griego se llama física, que trata del conocimiento de la naturaleza; moral, que en griego se llama ética, en la que se trata de las costumbres, y la tercera racional, en griego lógica, en la que se busca la verdad, tanto en las cosas como en las costumbres (*Etimol.*, lib. 2, cap. 24, n. 3). Y añade enseguida que «la física busca las causas de las cosas; la ética, el orden en la vida, y la lógica, la razón de entender» (*Ibidem*, n. 4).

Esta división de la filosofía es claramente de ascendencia estoica, y bien la pudo tomar de Séneca. Es una división ilustre, que ha resistido como ninguna otra el paso del tiempo. El propio Kant comienza así su *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*: «La antigua filosofía griega dividiase en tres ciencias: la física, la ética y la lógica. Esta división es perfectamente adecuada a la naturaleza de la cosa y nada hay que corregir en ella». Y explicando el fundamento de esa división, prosigue Kant: «Todo conocimiento racional, o es material y considera algo objetivo, o es formal y se ocupa tan sólo de la forma del entendimiento y de la razón, y de las reglas universales del pensar en general, sin distinción de objetos. La filosofía formal se llama lógica; la filosofía material, empero, que tiene referencia a determinados objetos y a las leyes a que éstos están sometidos, se divide a su vez en dos. Porque las leyes son, o leyes de la naturaleza, o leyes de la libertad. La ciencia de las primeras llámase física; la de las segundas, ética.»

A esta división de la filosofía añade San Isidoro otra más compleja o prolija, que depende enteramente de Aristóteles, pero que nuestro autor tomó sin duda de Boecio. Esta otra división es en dos partes: inspectiva (o teórica) y actual (o práctica). La inspectiva se divide a su vez en natural, doctrinal y divina, y la actual, por su parte, en moral, dispensativa y civil. Oigamos sus mismas palabras:

«La filosofía consiste en dos partes, a saber: inspectiva y actual. La primera se divide en natural, doctrinal y divina... La actual se divide en moral, dispensativa y civil» (*Etimol.*, lib. 2, cap. 24, nn. 10-11).

Aclaremos un poco esta división.

La parte especulativa de la filosofía no se puede reducir a la física. Aristóteles había señalado que las ciencias teóricas son tres: la física, la matemática y la teología, que luego se llamaría metafísica (Cfr. *Met.*, VI, 1; Bk 1026 a 18). Es la misma división que veintidós siglos más tarde encontraremos en Kant, en la *Crítica de la razón pura*.

San Isidoro recoge esa división aristotélica. Lo que él llama filosofía inspectiva no es otra cosa que la filosofía teórica o especulativa, y las partes en que la divide coinciden exactamente con las tres señaladas por Aristóteles. La natural coincide con la física, y «trata de la naturaleza de cada cosa, porque nada se hace en contra de la naturaleza» (*Ibidem*, 12). La doctrinal concuerda con la matemática, pues considera la cantidad abstracta, o sea, «aquella que por un acto del entendimiento separamos de la materia y de otros accidentes» (*Ibidem*, 14). Y, por último, la divina se corresponde exactamente con la teología (natural) o con la metafísica, «en la que se trata de la inefable naturaleza de Dios y de las criaturas espirituales» (*Ibidem*, 13).

Por lo demás, la matemática o ciencia doctrinal comprende, según San Isidoro, las cuatro artes liberales del *quadrivium*, tal como aparecen sistematizadas a partir de Marciano Capella. Son: «Aritmética, disciplina de la cantidad numerable en sí misma, sin relación a otra cosa. Geometría, disciplina de las magnitudes inmóviles y de las formas. Música, disciplina que trata de los números en cuanto dicen relación al sonido. Astronomía, disciplina que estudia el curso de los cuerpos celestes, las figuras de las estrellas, sus relaciones entre sí y con la tierra» (*Ibidem*, 15).

Por su parte, la filosofía actual o práctica se divide en las tres partes que ya señalara Aristóteles: monástica, o simplemente ética o moral «por la cual se busca el modo de vivir honesto y se dan reglas para alcanzar la virtud» (*Ibidem*, 16); económica o familiar o dispensativa, «por la que se dispone sabiamente el orden de las cosas domésticas»

(Ibidem, 16), y política o social o civil, «que se refiere a la administración de las cosas para bien de la ciudad» (Ibidem, 16). Esta división se fundamenta en la distinción de los fines, porque en las ciencias prácticas el fin es el principio. Así, la ética se cuida del fin individual y trascendente del hombre (el bien común trascendente); la económica se cuida del fin de la familia, de la casa (bien común familiar), y la política se cuida del fin de la sociedad civil (del bien común civil).

A estas dos partes fundamentales de la filosofía: la inspectiva (teórica) y la actual (práctica) habría que anteponer naturalmente la lógica o filosofía racional. De ella dice San Isidoro que «estudia racionalmente las fuerzas de la razón» (Ibidem, 7), y añade que se divide en dialéctica y retórica, y que «se llama lógica, esto es, racional, del griego logos, que significa discurso, razón» (Ibidem, 7).

Para ilustrar la diferencia entre la dialéctica y la retórica (que son las dos partes de la lógica) recurre a un símil propuesto por Zenón el estoico, y que recogen Séneca y Cicerón, pero que San Isidoro tomó de Varrón, como el mismo refiere: «la dialéctica y la retórica son lo que en la mano del hombre el puño cerrado y la mano abierta; aquélla contrae las palabras; ésta, las extiende» (*Etimol.*, cap. 23, n. 1). Por su parte, San Isidoro añade: «La dialéctica es más sutil para tratar las cosas, y la retórica procura mayor elocuencia para enseñarlas; la primera a veces llega a las escuelas, la segunda llega al foro; la primera tiene raros seguidores, la segunda tiene al pueblo como discípulo» (Ibidem, n. 2).

Consecuente con su tarea de compilador, San Isidoro recoge alguna otra definición de la filosofía, concretamente una de clara ascendencia platónica y neoplatónica: *Philosophia est meditatio mortis*. Esta definición pudo encontrarla San Isidoro en Cicerón, quien la explica en sus *Cuestiones Tusculanas* (lib. 1, cap. 31): *Secernere autem a corpore animum, nec quidquam aliud est quam emori discere*, separar o abstraer el alma del cuerpo no es otra cosa que aprender a morir. Sin embargo, San Isidoro refiere esta definición de la filosofía a la religión cristiana: «esta definición escribe— más conviene a los cristianos que, despreciando las ambiciones mundanas, viven en cierta semejanza de la patria futura» (*Etimol.*, lib. II, cap. 24, n. 9).

En resumen, en San Isidoro se cumple lo que dijimos al principio, la trasmisión del saber antiguo al mundo medieval. Esa era la misión a la que se creyó llamado: la de compilar y transmitir, más que la de crear, y la llenó de manera tal vez insuperable, atendidas las circunstancias históricas en las que vivió.